

## NORRABY

### Misa con motivo del 50º aniversario de la fundación

21 de marzo de 2017

Hay un gran silencio en Norraby. Es un silencio amigo, no hostil, que no te pone en guardia sino que, al contrario, te invita a abandonarte y a abandonar todo lo superfluo.

Si miras a tu alrededor aquí, en Norraby, ves grandes espacios vacíos, lejanos de cualquier casa. En Norraby hay solo tierra y cielo, luz y noche. Un cartel bien visible desde la habitación en la que estoy alojado me asegura: no es una ciudad de papel. El lugar es real, un minúsculo punto sobre el mapa del mundo.

Desde hace cincuenta años alguien vive aquí. No conozco los detalles de la historia de esta fundación: en general, las historias son siempre complicadas, movidas. Pero ahora estoy aquí, por primera vez y me viene al pensamiento que una gota de la tinta con la cual Dios escribe la historia de la salvación ha caído sobre este pedazo de tierra perdido y lo ha fecundado, lo ha convertido en espacio de una vida hombres, de creyentes, hijos en relación con el Padre, hermanos en relación entre ellos.

Sé que en el mundo de hoy puede parecer extraño, pero este silencio no transmite una sensación de aislamiento. Todo lo contrario: transmite la sensación de una relación, más aún: de una red de relaciones que son tan valiosas y delicadas, tan radicales e intensas que necesitan cautela, respeto, me atrevo a decir: la reverencia que se debe a lo sacro.

Evoco la experiencia de Elías sobre el Horeb: Dios no está en las manifestaciones deslumbrantes y estruendosas. Su presencia se deja sentir en una “voz de silencio sutil”, según el texto bíblico original. Al advertirla, Elías se cubre el rostro con su manto: un gesto de sumisión frente al Dios viviente y de obediencia a su voluntad. El famoso manto de Elías que será recogido por Eliseo y, de ese modo, por la vida religiosa, es, al mismo tiempo, aquello que nos cubre y nos esconde del mundo y nos pone en la presencia del Dios vivo: “Vive Dios, en cuya presencia estoy”.

El silencio de Norraby no calla: tiene una voz que nos habla de algo que es, a la vez, tan grande y tan pequeño que no conseguimos verlo. Es la voz del misterio en el que vivimos y que vive en nosotros. Permanecer aquí significa, creo, ser testigos fieles de una dimensión que se nos escapa, de una libertad que el mundo no conoce.

Cuanto estoy diciendo puede parecer demasiado elevado, demasiado espiritual, demasiado místico. Pero el Carmelo teresiano no es elitista, no es un club para los *happy few* (los pocos afortunados) a los cuales ha sido donado vivir sobre alturas inalcanzables para la masa de los fieles. El Carmelo de Teresa y de Juan, de Teresa del Niño Jesús y de Edith Stein y de nuestros restantes modelos, está

hecho de pobres que han experimentado la misericordia de Dios. Solo así podemos permanecer frente al Viviente “con el corazón contrito y el espíritu humillado”, como dice Azarías en la primera lectura que hemos escuchado (*Dan 3,25.34-43*).

Estar aquí, en Norraby, en el silencio y en la vasta soledad de este Carmelo tiene, en realidad, un sentido y un fin, hacia el cual toda la Iglesia y todos los hombres tienden: aprender a amar. Como se pueda amar, nos lo dice el evangelio de hoy (*Mt 18,21-35*). Es el amor de quien perdona no una vez, ni siete veces, sino sin contar las veces que perdona. Cuando se pierde la cuenta, es signo de que nos hemos olvidado de nosotros mismos y solo recordamos a aquel que nos ha amado primero y continúa amándonos sin medida, sin reservas, sin pedirnos nada a cambio. El pecado original es aprender a contar: la salvación es olvidarse de contar.

Queridos hermanos de Norraby. Este es mi deseo al celebrar los cincuenta años de vuestra comunidad: que os olvidéis de contar vuestros actos de amor y de reconciliación. Os deseo que perdáis también la cuenta de los años de vida de esta fundación, porque serán demasiados como para recordarlos pero, sobre todo, porque serán tan novedosos y llenos de amor que no os harán mirar al pasado, sino más bien tender con esperanza hacia el futuro.